

Los bilingües, la generación del cambio de siglo y el poder que viene

*Los nacidos entre 1985 y 1999 somos bilingües:
los últimos del mundo analógico y los primeros del digital.
Esa circunstancia nos da una responsabilidad histórica.*

Federico Paoloni
@fdpaoloni · fedepaoloni.com
24 de octubre de 2026

Nacimos en un mundo que dejó de existir antes de que termináramos de crecer. Eso nos dio algo que ninguna otra generación tiene: la capacidad de habitar dos mundos a la vez. Y con ella, una responsabilidad histórica de la que no podemos desertar.

Esta columna no nació en una sola noche, sino en muchas. En las cenas que compartimos, con vino y sin apuro, junto a @simplartido y @Manuel_erv, que tienen la generosidad de acompañar mis excursiones por la política, la economía, la filosofía y la historia sin pedirme que aterrice demasiado rápido. Les agradezco ser siempre oídos abiertos y, sobre todo, buenos interlocutores: muchas de estas ideas tomaron forma discutiéndolas con ellos. Y en esas charlas, una y otra vez, volvían los mismos recuerdos.

Todavía recuerdo la primera vez que aprendí a usar el teléfono fijo en la casa de mi abuela para llamar a mis padres a la oficina. El número de memoria, los dedos girando con cuidado, la voz del otro lado que llegaba como desde muy lejos. Era un pequeño rito de independencia.

Unos años después me conecté por primera vez a internet. El módem hizo ese ruido raro que nadie de mi generación olvidó, la pantalla tardó una eternidad en cargar, y en mi casa nadie pudo usar el teléfono durante toda la tarde. Sin saberlo, había descubierto la ley de mi generación: para entrar a un mundo nuevo, había que dejar en pausa el anterior.

Después vino MSN. Largas charlas con amigos todas las noches, con música de fondo, hasta tarde. Fue una época dorada. Y fue, también, la última vez que lo digital se pareció a una conversación.

Nací en 1996. Pertenezco a una generación que se crió en un mundo analógico y se hizo adulta en uno digital. No elegimos el cambio: nacimos con él. Y creo que esa experiencia, que parece apenas una curiosidad biográfica, es una de las claves para entender el poder que viene.

Lo que Ortega vio

José Ortega y Gasset sostuvo que la generación es el concepto más importante para entender la historia. No la clase, no la nación: la generación. Cada una recibe un mundo hecho por la anterior y tiene que decidir qué hace con él: aceptarlo, corregirlo o reemplazarlo.

Ortega hizo además una distinción que hoy resulta reveladora. Contemporáneos son todos los que viven en un mismo tiempo. Coetáneos, solo los que tienen la misma edad vital. En cada presente conviven tres generaciones distintas que comparten el mundo pero no lo habitan del mismo modo. En aquella llamada desde la casa de mi abuela estaban, sin que yo lo supiera, las tres.

Ortega calculaba que una generación abarca unos quince años. Los nacidos entre 1985 y 1999 son, exactamente, una. Su discípulo Julián Marías convirtió esa intuición en un método para leer la historia. La pregunta que ese método obliga a hacer sobre la Argentina de hoy es simple y perturbadora: ¿qué generación está por tomar el poder, y qué sensibilidad trae?

Los bilingües

Se suele dividir el mundo entre nativos digitales e inmigrantes digitales. Los primeros nacieron con la pantalla; los segundos tuvieron que aprenderla de grandes. Los nacidos entre 1985 y 1999 no somos ni una cosa ni la otra. Somos bilingües.

Aprendimos a esperar, porque el teléfono estaba ocupado, la conexión tardaba y las cosas no eran inmediatas. Y después aprendimos la velocidad. Conocimos el silencio de una tarde sin estímulos y la vorágine de un mundo que no se apaga nunca. Fuimos los últimos en vivir sin internet y los primeros en vivir dentro de ella.

Hay un detalle que lo dice todo. Nuestras primeras redes eran conversaciones: largas, nocturnas, de a dos. Las de hoy son reacciones: breves, públicas, permanentes. Conocimos lo digital antes de que se convirtiera en un campo de batalla. Sabemos que puede ser otra cosa, porque lo vimos.

Esa plasticidad no es un mérito. Es una circunstancia. Pero, como enseñaba Ortega, la circunstancia también es destino si uno no hace algo con ella.

La generación perdida

En 1926, Ernest Hemingway abrió su primera novela con una frase que le había escuchado a Gertrude Stein: “Ustedes son una generación perdida”. Hablaba de los jóvenes que habían llegado a la vida adulta en medio de la Primera Guerra Mundial, a los que el siglo les había roto las promesas antes de que pudieran estrenarlas.

Cien años después, la Argentina tiene la suya.

Los que nacimos entre 1985 y 1999 tenemos hoy entre 26 y 41 años. Fuimos niños o adolescentes en la crisis de 2001: los mayores la recuerdan con nitidez; los menores, como un rumor de fondo en las conversaciones de los adultos. Mi primer recuerdo político no es una esperanza, sino una fractura: el conflicto del campo de 2008, un país partido en dos por una resolución. Desde entonces, la secuencia fue casi siempre la misma: estancamiento, cepo, corridas, una pandemia y una inflación de tres dígitos.

Somos, probablemente, la primera generación argentina en mucho tiempo que nunca vio crecer a su país en su vida adulta. Los mayores alcanzaron a ver el rebote de la poscrisis, pero se apagó justo cuando empezaban a trabajar. No conocimos un ciclo largo de prosperidad, ni la sensación de que el esfuerzo de hoy garantiza algo mañana. Conocimos la crisis como paisaje.

Eso nos dejó una herida y una destreza. La herida es la desconfianza: aprendimos que las promesas se rompen y que las reglas cambian sin aviso. La destreza es la adaptación: sabemos vivir en la incertidumbre como otros pueblos saben vivir con el frío.

Pero la historia de la generación de Hemingway tiene un final que suele olvidarse. Los que Stein llamó perdidos no se perdieron. Escribieron el siglo. Hemingway, Fitzgerald, Dos Passos: de ese desencanto salió la prosa que definió una época. Estar perdido no fue su destino. Fue su punto de partida.

Una generación que nunca vio nada bueno tiene dos caminos. Puede concluir que nada bueno es posible, o puede ser la primera en construirlo sin modelos que imitar. La diferencia entre una generación perdida y una generación fundadora no está en lo que le pasó, sino en lo que decide hacer con eso.

Por qué nos toca

Hoy conviven, como diría Ortega, tres generaciones que no se entienden.

La generación analógica conduce las instituciones, pero no termina de comprender el algoritmo. Gobierna con las reglas de un mundo que ya no existe. La generación nativa domina el algoritmo, pero nunca vio funcionar una institución con paciencia. Vive en un presente sin memoria.

En el medio estamos nosotros. Sabemos lo que es una institución lenta y lo que es una red veloz. Entendemos el valor de esperar y el lenguaje de la inmediatez. Podemos traducir entre dos mundos que hoy se hablan sin escucharse.

Si la próxima innovación política consiste en combinar lo moderno en la forma con lo sólido en el fondo, esa combinación no es una abstracción. Tiene una fecha de nacimiento: entre 1985 y 1999.

La responsabilidad histórica

Ortega advirtió que cada generación tiene una misión, y que algunas desertan de ella. No por maldad, sino por comodidad, por miedo o por cinismo.

Hablo de responsabilidad histórica, no de privilegio. La historia no elige a las generaciones por sus méritos, sino por el lugar que ocupan. A la nuestra le tocó estar en el umbral entre dos mundos, y ese lugar no se elige ni se devuelve. Solo se asume o se elude.

Ese es el riesgo. Nacer en una fecha no garantiza nada. La plasticidad puede convertirse en volatilidad, y la desconfianza aprendida, en cinismo. Una generación que nunca vio crecer a su país puede concluir que no vale la pena intentarlo. Sería la desertión perfecta: la de quienes tenían las herramientas y eligieron no usarlas.

Asumir esa responsabilidad significa algo concreto: traducir para la generación anterior el mundo que viene, y preservar para la siguiente la memoria del mundo que se fue. Ser el puente, sabiendo que los puentes existen para que otros pasen por encima.

La línea

Cada vez que me conectaba a internet, mi casa se quedaba sin teléfono. Entrar a un mundo implicaba dejar a otro sin línea.

Quizás esa sea, en el fondo, la misión de mi generación. Somos los únicos que recordamos los dos mundos, y por eso somos los únicos que podemos evitar que el paso de uno al otro deje a alguien desconectado: al que no entiende la pantalla, al que nunca conoció otra cosa, al que la próxima transformación amenaza con dejar afuera.

Ortega pedía vivir a la altura de los tiempos. La pregunta que le toca responder a mi generación es si va a estar a la altura del suyo.

Ortega pedía vivir a la altura de los tiempos. La pregunta que le toca responder a mi generación es si va a estar a la altura del suyo.